

de la tortuga,  
del elefante,  
de la jirafa,  
de la cebra,  
del león,  
del zorro,  
del mono

y...

...de un mordisco,

arrancó un trozo pequeño de luna.

Lo saboreó complacido

y después fue dando un pedacito

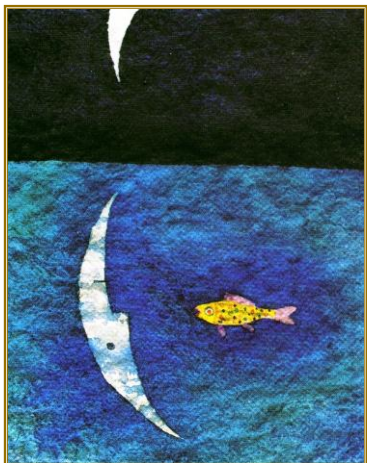
al mono, al zorro, al león, a la cebra,

a la jirafa, al elefante y a la tortuga.

Y la luna les supo exactamente a aquello

que más le gustaba a cada uno.

Aquella noche, los animales durmieron muy muy juntos.



El pez, que lo había visto todo y no entendía nada, dijo:

— ¡Vaya, vaya! Tanto esfuerzo para llegar a esa luna que está en el cielo.

¿Acaso no verán que aquí, en el agua, hay otra más cerca?

Michael Grejniec  
*¿A qué sabe la luna?*  
Pontevedra, Kalandraka Editora, 2010

## *¿A qué sabe la luna?*

Hacía mucho tiempo que los animales deseaban averiguar a qué sabía la luna.

¿Sería dulce o salada?

Tan solo querían probar un pedacito.

Por las noches, miraban ansiosos hacia el cielo.

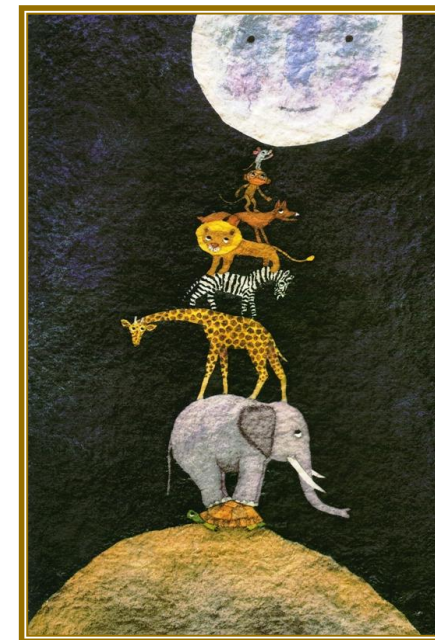
Se estiraban e intentaban cogerla, alargando el cuello, las piernas y los brazos.

Pero todo fue en vano, y ni el animal más grande pudo alcanzarla.

Un buen día, la pequeña tortuga decidió subir a la montaña más alta para poder tocar la luna.

Desde allí arriba, la luna estaba más cerca; pero la tortuga no podía tocarla.

Entonces, llamó al elefante.



— Si te subes a mi espalda,  
tal vez lleguemos a la luna.

Esta pensó que se trataba de un juego  
y, a medida que el elefante se acercaba,  
ella se alejaba un poco.

Como el elefante no pudo tocar la luna,  
llamó a la jirafa.

— Si te subes a mi espalda,  
a lo mejor la alcanzamos.

Pero al ver a la jirafa, la luna se distancio un poco más.  
La jirafa estiró y estiró el cuello cuanto pudo,  
pero no sirvió de nada.

Y llamó a la cebra.

— Si te subes a mi espalda,  
es probable que nos acerquemos más a ella.

La luna empezaba a divertirse con aquel juego,  
y se alejó otro poquito.

La cebra se esforzó mucho, mucho,  
pero tampoco pudo tocar la luna.

Y llamó al león.

— Si te subes a mi espalda,  
quizá podamos alcanzarla.

Pero cuando la luna vio al león,

volvió a subir algo más.

Tampoco esta vez lograron tocar la luna,  
y llamaron al zorro.

— Verás cómo lo conseguimos  
si te subes a mi espalda — dijo el león.

Al avistar al zorro,

la luna se alejó de nuevo.

Ahora solo faltaba un poquito de nada para tocar la luna,  
pero esta se desvanecía más y más.

Y el zorro llamó al mono.

— Seguro que esta vez lo logramos.  
¡Anda, súbete a mi espalda!

La luna vio al mono y retrocedió.

El mono ya podría oler la luna,  
pero de tocarla, ¡ni hablar!

Y llamó al ratón.

— Súbete a mi espalda y tocaremos la luna.

Esta vio al ratón y pensó:

— Seguro que un animal tan pequeño  
no podrá cogerme.

Y como empezaba a aburrirse con aquel juego,  
la luna se quedó justo donde estaba.

Entonces, el ratón subió por encima